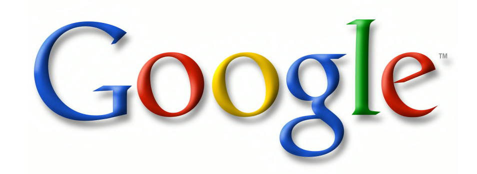



ET
VE RI
TAS
CHRISTO
ECCLESIAE



MANUEL REINA.

ANDANTES Y ALEGROS.

VERSOS.

MADRID
IMPRENTA DE A. FLOREZ Y COMPAÑÍA
Calle de Villanueva, num. 6.

1877.

ANDANTES Y ALEGROS.

ANDANTES Y ALEGROS.

VERSOS

DE

MANUEL REINA.

MADRID
Imprenta de A. Florez y Compañía
Calle de Villanueva, num. 6.
—
1877.

PRÓLOGO.

Veinte años tiene el autor de *Andantes y Alegros*, título que ha dado el Sr. Don Manuel Reina á la coleccion de poesías que verá el leyente amigo á continuacion de este breve prólogo, pedido á nuestra ineptitud por la bondad del jóven poeta, y escrito con mucho gusto nuestro por lo que en ello nos honra y por lo que su obra vale y merece.

Lo primero que debemos celebrar es el nombre con que el vate cordobés ha bautizado á su hijo, y no se crea que este es un andalúz, ni que tal dialecto habla; no: es español, y su lenguaje el muy hermoso de Castilla. Si así no fuera, nada significa nuestro aplauso; pero no lo tendria, porque no hay dialecto alguno que pueda compararse con las lenguas vivas nacionales, digan lo que quieran los extravagantes eruditos y los sapientes filósofos, y porque, sobre todo, el género á que nos referimos

está reñido, por bajo y depravado, con la alteza y exquisita esencia de la noble Poesía.

Andantes y *Alegros* es un título adecuado al libro que examinamos, porque sus páginas son graves y conceptuosas como los primeros, ó vivas y ligeras como los segundos en las obras lírico-dramáticas; y rara es la página de este libro que no ostenta ámbos sentidos, ámbos caractéres.

¿En cuál de los dos se distingue más el Sr. Reina? En el dramático, sin duda alguna. Buena prueba son de ello *La flor de mi esperanza*, *A su almohada*, y sobre todo, *La jóven de los ojos negros*, y la patética composicion *Morendo*.

No queremos decir con esto que en el género lírico faltan vigor y tonos á los cantos del inspirado bardo, sino que es superior en aquellos en que predomina la accion de la vida, ya sea subjetiva ya objetiva, como ahora se dice; ya sean gemidos de sus penas, ya gritos de sus aspiraciones, de sus esperanzas, de sus alegrías, ó bien francos y ligeros bocetos de los dolores y de los placeres del mundo. Tienen, sin embargo, derecho al más resuelto y terminante elogio, aunque líricas ó más líricas que dramáticas la oda *Quintana*, *Sueños*, *La música*, *Las noches*, *Una cor-*

tesana, y se lo tributamos sin reserva ni restriccion alguna.

Ciertamente se necesitan lozana imaginacion, estro brillante y abundante don especulativo para producir á los excasos cuatro lustros un libro de tan raras y complejas condiciones, que, sin salirse de las que hacen estimables y buenos á los más celebrados de su clase, tiene esa exhuberancia de conceptos, de colores y de armonías; esa intencion profunda y esa manifestacion lujosa; ese fondo y esa forma, en una palabra, que pocos poetas logran reunir con tanta facilidad como el que celebramos: difícil facilidad que tanto elogia Hermosilla y recomienda Horacio en aquellos célebres versos de su epístola á los Pisones, como una de las más altas cualidades reveladoras del númen poético.

Demostremos ya la verdad de cuanto dejamos someramente apuntado, y sirvannos de medio las mismas composiciones que son objeto de nuestro estudio.

Abre el autor el numeroso raudal de su vena con una cancion, cuyo fluido lirismo recuerda las mejores en su género de nuestro Parnaso:

«Soy libre como el pájaro,
Alegre como el niño,
. . . .

Mi inspiracion recorre
Los valles y los rios,
Los cielos y los mares,
Las cumbres, los abismos.»

Canta á Quintana, y lo presenta así á la patría admirada:

«¡Miradlo, es él! En su pupila ardiente
Del génio el gran relámpago serpea;
El noble patriotismo centellea
en su pecho valiente,
Y en su severa frente
Con intenso fulgor brilla la idea.»

Luego, al recordar aquel arranque patriótico del vehemente y laureado poeta contra los ejércitos invasores del capitan del siglo:

«. . . . . dadme una lanza,
Ceñidme el casco fiero y refulgente,
Volemos al combate, á la venganza.»

no puede contener su entusiasmo el cantor del gran Cantor, y prorumpe en la creciente hipérbole con que termina su oda, diciendo:

«El lírico fué el dios de la victoria
Y de entonces su nombre insigne, suena
En la guerrera trompa, en la alta almena,
En el choque de bélica armadura,
En el mar, en el monte, en la llanura...
¡Toda nuestra nacion su nombre llena!

Por eso cuando cruza por mi mente
El glorioso recuerdo de esta hazaña,
Exclamo lleno de entusiasmo hirviente:
«¡Quintana ha de vivir eternamente,
Pues Quintana es España!»

Sueños, son la realidad más cierta del estado de la imaginacion del poeta y así lo confiesa él mismo en el valiente romance en que canta las fantásticas visiones de su alma, y que principia y acaba de este modo:

«Cuando me encuentro solo y los aromas
Del oriental, dorado pebetero,
Con sus olas azules me rodean,
Ginete en el bridon del pensamiento
Vuelo al mundo divino y misterioso
De las hadas, los gnomos y los génios,
A ese gigante mundo del poeta,
De fantásticos séres gran imperio.
¡Oh! cómo me deleitan esos cuadros
Que en mis profundas abstracciones veo
Llenos de luz, de vida y poesía,
Panoramas brillantes de los sueños...
. . . .
Todas esas creaciones del artista
Cuando cierro los párpados contemplo,
Y es que, sin duda, el mundo de esos séres,
Ese gigante mundo, es mi cerebro.»

Vuelo rico y poderoso se necesita para abarcar tanto el pensamiento y la palabra en esas y otras composiciones; pero no menos para expresar con tanta intensidad y

sencillez juntamente las tristezas, los afectos ó las tempestades del corazon.

En la poesía *La flor de mi esperanza*, ¡qué delicado modo de advertirse á sí propio el poeta el dominio que ha de ejercer sobre sus pasiones!

. . . .
«Hoy así se divisa
En el oscuro campo de mi alma
Una flor blanca y pura:
La flor de mi esperanza.
El corcel volador de las pasiones
Se acerca á destrozarla.
¡Ay de ella si tu mano bendecida
No detiene su marcha!»

¡Cuán tierno y apasionado es su sentimiento en el bellísimo madrigal *A su almohada!*

. . . .
«Tú, que aspiras su aliento embalsamado,
Y sabes su pesar y su alegría,
Dime por qué ha apurado
En la pasada noche
El cáliz del dolor y la agonía.
Mas no, no me lo digas, consejera;
Pues de dolor, tal vez, me moriría,
Si yo la causa fuera.»

En la selecta leyenda *La jóven de los ojos negros*, ¡qué profundidad de concepto y qué perfecto contraste!

«¡Qué triste está el mundo!
¡Qué triste esta el cielo!
¡Qué triste se encuentra mi madre! y en cambio,
¡Qué alegre mi pecho!»

. . . .

«¡Qué alegre está el mundo!
¡Qué alegre está el cielo!
¡Qué alegres las aves canoras! y en cambio,
¡Qué triste mi pecho!»

Alargar más nuestra halagüeña tarea fuera inútil al encomio de la obra y hasta motivo de disgusto para el lector, codicioso de saborear las bellezas en que esta abunda. Es panal de cera y de mieles, formado por la abeja de oro de la inspiracion elevada y ardiente, con el fragante líquen de las flores del alma que siente y piensa.

A dicha tenemos esta heraldía que el señor Reina nos ha confiado, y si la crítica (alguna vez inconsiderada, desabrida é injusta) se dedica á buscar defectos en los versos de nuestro querido amigo, contestaremos á ella, desde ahora para entonces, que todas las obras humanas los tienen, y que el poeta loado, que tan vigorosa muestra dá de serlo, cuenta apenas veinte años.

José Salvador de Salvador.

Madrid 19 de Octubre de 1877.

CARTA.

Sr. D. Manuel Reina.

Mi querido Manolo: No sabré nunca cómo agradecer lo bastante al infatigable director de *La Ilustracion Española y Americana*, Abelardo de Cárlos, y al periódico *La Epoca*, cuando casi sucesivamente en las columnas de los dos ilustrados colegas leí tu nombre por la primera vez al pié de dos admirables poesías que, hasta sin ser tuyas, me hubieran entusiasmado. *La Música* y *La Vida*, nombres de pila de las dos composiciones á que me refiero, no sólo las recité en más de un círculo literario como gallardos modelos de entonacion, de *verdad* y de valentía, sino que quedaron desde entonces y *para siempre* archivadas en el santuario de mi memoria, de donde salen á luz cuando, á falta de otros *excesos* y agasajos, me propongo dar un buen rato á la gente *del oficio*.

Chasco, y grande, habrás de llevarte ciertamente, si te figuras que pienso darte

la enhorabuena por el libro que te propones dar á la estampa. No, mi querido Manuel. Tu cadena, tu desencanto, tu martirio, están precisamente en tus mismas condiciones. Si carecieras de alas, si escribieras por el solo *vicio* de escribir, si fueras uno de tantos como invaden todos los dias las vedadas sendas de los *elegidos* en el divino arte, no te compadeceria como te compadezco al verte subir con tu cruz á la espalda por el espinoso calvario de las letras.

La exhuberancia de vida; la luz de aquellos horizontes meridionales que llenaron de resplandores nuestras dos cunas; las cruces de aquellos caminos, ante las cuales rezan todavía nuestros mayores; los saludables miedos de aquellas tradiciones fantásticas que en las veladas del hogar recogimos de los lábios de nuestras madres; la voz temblorosa y acompasada de la estrofa popular que palpita en tu inimitable poesía, titulada *La Guitarra;* todo germina, y cunde, y se engrandece en los primeros tonos de tu lira privilegiada. Eres poeta, así como el pájaro, como la fuente, como el viento, como el recuerdo y como la esperanza.

Un literato viejo y admirador tuyo acaba de decirme que nuestro Pepe Salvador

y Salvador, el vate cristiano, el lírico de primer órden, será el encargado de presentarte al público en el prólogo que te prepara. Dejo, pues, al veterano del buen gusto la satisfaccion que debe sentir el anciano al contar á las gentes con el embeleso de todas las almas buenas los primeros destellos del génio del ágil nietezuelo. Él, como nadie, te advertirá los escollos, te señalará la senda, y libre de las miserias de la envidia, confundiéndose contigo en un estrecho abrazo fraternal, te dirá (como si lo oyera, porque lo conozco): ¡Bien venido seas!

No me quites á mí, sin embargo, la dicha de anticiparte en esta carta la corona de admiracion que desde lo más profundo de su alma te envia tu amantísimo paisano,

Antonio F. Grilo.

ANDANTES Y ALEGROS.

VERSOS

DE MANUEL REINA.

CANCION.

Soy libre como el pájaro,
Alegre como el niño,
Amante cual la trova,
Feliz como el idilio.
Arde en mi frente el cráter,
Mis sueños son magníficos,
Mis gustos orientales,
Las bellas son mis ídolos.
Mi inspiracion recorre
Los valles y los rios,
Los cielos y los mares
Las cumbres, los abismos.
Yo imito en mis canciones
De la tormenta el grito,
El murmurar del aura,
Del ruiseñor los trinos,
El ¡ay! del moribundo,
La risa y el suspiro,
El choque de las armas,
Los lúgubres gemidos.
Un mundo luminoso

En mi cerebro anido,
De ricas creaciones
Y pensamientos límpidos.
Y grandes sentimientos,
Amores y amoríos,
Y un cielo de pasiones
Se esconden en mi espíritu.
Soy libre como el pájaro,
Alegre como el niño,
Amante cual la trova,
Feliz como el idilio.

QUINTANA.

Á MANUEL GARAT.

¡Miradlo, es él! En su pupila ardiente
Del génio el gran relámpago serpea;
El noble patriotismo centellea
En su pecho valiente,
Y en su severa frente
Con intenso fulgor brilla la idea.
¡Miradlo, es él! Nuestro inmortal Quintana,
El poeta coloso
Cuyo canto soberbio y generoso
Es el orgullo de la historia hispana.
Es el poeta que cantó la imprenta
Con pindáricos sones,
E inspiróse tambien en la sangrienta
Noche fatal de cien revoluciones.
Su alma fué siempre expléndido tesoro
De entusiasmo, de fé, de valentía,
Y de su fuerte cuerpo en cada poro
Un corazon enérgico latía.

El gran patricio, el escritor gigante
De númen soberano;
Su pluma fué la espada centellante
Que el ángel vengador puso en su mano.
Él azotó la espalda del tirano,
Y al torpe absolutismo
Sepultó con esfuerzo sobrehumano
En el eterno abismo.
La patria era su Dios, su amor, su vida;
Por eso al verla herida
Por la garra del águila de Jena,
Gritó con voz potente:
¡Guerra!... Dadme una lanza,
Ceñidme el casco fiero y refulgente,
Volemos al combate, á la venganza.
Y la española gente
Al escuchar su grito, diligente
Acudió belicosa á la matanza.
El gran Quintana arrebatando entonces
El fuego á los volcanes,
La luz al rayo, el son á los torrentes,
Los acentos valientes
A los récios y roncos huracanes,
La voz atronadora y altanera
Al eje de la esfera,
Y el poderoso grito á los titanes,
Lanza su canto enérgico y sublime,

Y en heróica bravura al par que fiera,
Enciende los hispanos corazones.
La Francia al escucharlo tiembla y gime,
Y cayendo esta hiena en vil desmayo,
Su altiva frente aplasta el férreo *callo*
De nuestros fogosísimos bridones.
El lírico fué el dios de la victoria
Y de entonces su nombre insigne, suena
En la guerrera tropa, en la alta almena,
En el choque de bélica armadura,
En el mar, en el monte, en la llanura...
¡Toda nuestra nacion su nombre llena!
Por eso cuando cruza por mi mente
El glorioso recuerdo de esta hazaña,
Exclamó lleno de entusiasmo ardiente:
«¡Quintana ha de vivir eternamente,
Pues Quintana es España!»

LA FLOR DE MI ESPERANZA.

Una flor se divisa
En el oscuro campo de batalla,
Y sus hojas, movidas por el viento,
De humo y sangre se esmaltan.
Un corcel galopando se aproxima,
Y pronto va á pisarla;
Mas una mano fuerte y vigorosa
Lo detiene, y ¡la flor está salvada!
Hoy así se divisa
En el oscuro campo de mi alma,
Una flor blanca y pura:
La flor de mi esperanza.
El corcel volador de las pasiones
Se acerca á destrozarla.
¡Ay de ella si tu mano bendecida
No detiene su marcha!

SUEÑOS.

AL GRAN ESCRITOR JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

Cuando me encuentro solo, y los aromas
Del oriental dorado pebetero
Con sus olas azules me rodean,
Jinete en el bridon del pensamiento
Vuelo al mundo divino y misterioso
De las hadas, los gnomos y los génios,
A ese gigante mundo del poeta,
De fantásticos séres gran imperio.
¡Oh! cómo me deleitan esos cuadros
Que en mis profundas abstracciones veo,
Llenos de luz, de vida y poesía,
Panoramas brillantes de los sueños....
. . . .
. . . .
Esas huríes de excitantes formas
En brazos de sultanes y guerreros;
Esas vírgenes de ojos de esmeralda,
De túnica impalpable y níveo seno;

Esos nobles, al cinto la tizona,
Y la pluma flotante en el chambergo;
Esas náyades de alas diamantinas,
En cuya frente se refleja el cielo;
Aquellos combatientes que en las sombras
Cruzan desesperados los aceros;
Esas diosas del lujo y los placeres,
Con vestidos de raso y terciopelo,
La copa del licor llevando al lábio,
Mientras un trovador les dá mil besos;
Esos palacios de coral y perlas,
Nidos de las ondinas; ese ejército
De sátiros y ninfas bulliciosas;
Esos corceles de la crin de fuego;
Aquel lago azulado y transparente,
Cuyas ondas tranquilas riza el céfiro,
Y aquel esquife de oro que conduce
A dos amantes en coloquio tierno;
Esos ángeles de ojos de záfiro;
Esos piratas de iracundo ceño;
Esos génios de luz, esos espíritus
Que pueblan los espacios y los cielos.....
. . . .
Todas esas creaciones del artista
Cuando cierro los párpados contemplo,
Y es que, sin duda, el mundo de esos séres,
Ese gigante mundo, es mi cerebro.

Á SU ALMOHADA.

Eres feliz, nevada consejera:
Tú conoces sus gracias virginales,
Y en tu seno amoroso
Se desata su rubia cabellera.
Tú, que de sus pupilas celestiales
Bebes perlas tan claras como el dia,
Y el néctar delicioso
Apuras de sus lábios de ambrosía;
Tú, que velas su pecho enamorado,
Tú, que aspiras su aliento embalsamado,
Y sabes su pesar y su alegría,
Díme por qué ha apurado
En la pasada noche
El cáliz del dolor y la agonía.
Mas no, no me lo digas, consejera;
Pues de dolor, tal vez, me moriria,
Si yo la causa fuera.

LA JÓVEN DE LOS OJOS NEGROS.

Á DOÑA FUENSANTA CRESPO, ESPOSA DEL EMINENTE POETA GRILO.

I.

En la ardiente orgía,
Cantando y riendo,
La copa en la mano,
Conmovido el seno,
Vestida de blondas,
Raso y terciopelo,
Se encuentra la jóven
De los ojos negros.
En su tersa frente
Los rubios cabellos
Pálidos flamean
Con fulgor intenso,
Y suave murmullo
De encendidos besos
Palpita en sus lábios
De grana y de fuego.

La noche es oscura;
El helado cierzo
Fatídico silba
Y retumba el trueno;
Vestida de harapos,
Muerta de hambre y miedo,
Una mujer entra
En el aposento
Donde lugar tiene
El festin espléndido,
Y á la hermosa jóven
De los ojos negros
Pide una limosna
Con lúgubre acento.
La jóven la mira
Con adusto ceño,
Y sin socorrerla
La despide luego;
Y la melancólica
Guitarra tañendo,
Con voz argentina
Dá esta copla al viento:
«¡Qué triste está el mundo!
¡Qué triste está el cielo!
¡Qué triste se encuentra mi madre! y en cambio,
¡Qué alegre mi pecho!»

II.

Con lluvias y frios
Pasó el crudo invierno,
Y el mes de las flores,
De delicias lleno,
Con su sol radiante
Y amores risueños,
Tiende por el mundo
Su rosado velo.
Levántase el dia
Teñido de fuego,
Y en olas de oro
Se bañan los cielos;
Entonan las aves
Sus dulces gorjeos,
Y en el lago límpido
Agítase el céfiro.
Por aquella senda
Que vá al cementerio,
Llevan unos hombres
Un humilde féretro,
En el cual descansan
Los ya frios restos
De la hermosa jóven
De los ojos negros.

La única persona
Que va en el entierro
Es aquella pobre
Que con hambre y miedo
Entróse en la orgía
La noche de invierno.
Mil ayes despide
Su angustiado pecho,
Y vierten sus ojos
Lágrimas sin cuento.
Madre es de la jóven
De los ojos negros,
Y por eso exclama
Con grandes lamentos:
«¡Qué alegre está el mundo!
¡Qué alegre está el cielo!
¡Qué alegres las aves canoras! y en cambio,
¡Qué triste mi pecho!»

Puente Genil, 1871.

LA MÚSICA.

A MI ILUSTRE PADRINO EL CONDE DE TORRES-CABRERA.

ALEMANA.

Es el rumor de hirviente catarata
Que en los abismos sus cristales quiebra;
Del lúgubre cañon el estampido;
El sublime fragor de la tormenta;
El colérico grito de los mares
«Cansados de luchar con sus cadenas;»
El acerado choque de las armas;
Del bélico clarin la voz guerrera;
El gigante concierto de los mundos;
El son valiente de la trompa épica,
Y el ritmo eterno, armónico y grandioso
De la máquina inmensa de la tierra.

ITALIANA.

Es el rumor del beso apasionado;
Del aura los dulcísimos poemas;

Las notas que del lago se levantan
En las noches azules y serenas;
La cancion de los silfos á las flores;
De las arpas de oro las cadencias;
El ¡ay! desgarrador del moribundo;
El canto seductor de las sirenas;
El suspiro amoroso de las vírgenes;
De las aves canoras las endechas,
Y las mil armonías de los bosques
Que los espacios infinitos pueblan.

FRANCESA.

Es el rumor ardiente de la orgía;
La barcarola rítmica y ligera
Que las náyades cantan recostadas
En sus esquifes de coral y perlas;
El canto del amor y los placeres;
El crugido del raso y de la seda;
El *allegro* monótono que entona
La bola de marfil en la ruleta;
Las sonoras y alegres carcajadas
De Paul de Kock; la voz de las grisetas;
De Beranger los cantos populares
Y el choque de las copas de Bohemia.

Puente-Genil, Julio de 1876.

LA PATRIA.

Á MI COLEGA LEOPOLDO PAREJO.

¡Oh! ¡La patria, la patria! Altar sagrado
En que oficían los nobles corazones,
Luminoso raudal de inspiraciones
Del artista, el poeta y el soldado.
¡Oh! ¡La patria, la patria! Nombre amado
Que zumba en los clarines y cañones,
Y escrito está en murallas, torreones,
Y en el pecho viril del hombre honrado.
Vivir para la patria solamente
En los tiempos de paz y de ventura,
Y morir por la patria en la pelea,
Tal ha de ser la enseña del valiente.
La patria es nuestra madre amante y pura
Y quien la ultraje vil, ¡maldito sea!

Á FEDERICO MOJA Y BOLIVAR, DISCRETÍSIMO NOVELISTA.

(Imitacion del aleman.)

Oscura está la noche;
El huracan azota con sus alas
Los frágiles cristales
Del balcon de mi amada.
Desde aquí la contemplo;
En el divan se encuentra recostada
Donde cariño me juró mil veces
Con ardientes palabras.
¡Que hermosa está! La luz de una bujía
Su lindo rostro baña,
Y de sus negros y rasgados ojos
Brotan fuentes de lágrimas.
¿Por qué llora? No sé; más me figuro
Que la infeliz compara
Esta noche tan triste y tan oscura
Con la lúgubre noche de su alma.

LA FAVORITA.

(Oriental).

Entre rasos, terciopelos,
Sedas, oro y otras galas,
Descansa voluptuosa
La ardiente y linda sultana.
A sus piés están rendidas
Deslumbradoras esclavas,
Que cantan, y á la vez pulsan
Las liras de oro y de nácar.
El haren, jardin parece
Sembrado de filigranas,
Diamantes, perlas, zafiros,
Amatistas y esmeraldas.
Orientales pebeteros
Llenan de aroma la estancia;
Y todo allí es luz, colores,
Y delicias que embriagan.
No obstante, la favorita,
La ardiente y linda sultana,
Tiene sus hermosos ojos
Empañados por las lágrimas.

Su amor está lejos, lejos
De aquella soberbia estancia;
Si ella fuera libre, al punto
Cerca de su amor volara.
Por eso sus negros ojos
Tristes lágrimas empañan,
Y por eso, como el pájaro,
Odia la dorada jaula.

TROVA.

Á F. NOGUEZ.

Morena de negros ojos,
Los sonrojos
De tu satinada piel,
Aventajan en belleza
Y limpieza,
Al encendido clavel.

—

Hoy eres por tu hermosura
Niña pura,
El ángel de mi ilusion.
Mundo inmenso de poesía
Y armonía,
Y fuente de inspiracion.

—

Tejen coronas muy bellas
Las estrellas
De su luz, para tu sien;
Y entonan himnos las aves
Muy suaves,
Cuando en el campo te ven

Si te miras á la fuente
Transparente,
Esta bruñe su cristal,
Por no arrugar los adornos
Y contornos
De tu cuerpo virginal.

—

El sol, de su luz y oro
El tesoro
Te cede, en prueba de amor.
Las hadas, su cabellera;
Y la esfera
Su brillantez y esplendor.

—

Y la luna, silenciosa,
Cariñosa
Besos de plata te da.
La azucena, su sonrisa,
Y la brisa
Su perfume celestial.

—

Tú eres el sol y la vida,
Mi querida;
Te amo desde que te ví.
Y la creacion entera
Yo quisiera
Ver de hinojos ante tí.

Enero, 1877.

ERICO.

—

En un triste calabozo
De altas y sólidas rejas,
Encerrado se halla Erico,
El noble rey de Suecia.
El hijo del gran Gustavo,
Suelta la rubia melena
Y despedazado el traje,
Por la estancia se pasea;
De vez en cuando así exclama:
«Catalina, esposa bella,
Mi llanto que ha perforado
Del calabozo las piedras,
A mi hermano no enternece.
Mas nada, si tú vinieras
A mis brazos, sentiria.
¡Qué me importan la diadema
Que mi frente coronaba,
Ni el trono, ni las riquezas!
Todo, todo lo desprecio;
Todo con gusto lo diera,
Por ver un rayo divino
De esas tus pupilas negras.

MI DIOS.

**El Dios en quien yo creo palpita en la conciencia,
Los sábios y los justos, sus sacerdotes son,
Los cielos y los mares publican su existencia,
El bien es su doctrina, su templo la creacion.**

LAS NOCHES.

Á JUAN REINA.

Noche azul es aquella
En que el amante canta
Endechas amorosas
Al pié de una ventana.
La hermosa que lo escucha,
La faz como la grana,
Preséntase en la reja
Con sus mejores galas.
Y al rayo de la luna
Se cruza una balada,
Entre el amante tierno
Y la sensible dama.

—

Noche negra es aquella
En que el audaz marino,
Escucha en el Océano
De la tormenta el grito;
Y al ver negras las olas

Y el cielo tan sombrío,
Recuerda á sus mayores
O á sus amados hijos.
Más un rayo siniestro
Sepulta en el abismo
Del mar al frágil barco
Y al infeliz marino.

—

Noche azul es aquella
En que bailan los jóvenes,
Entre rasos y gasas,
En dorados salones.
Risas, oro y encajes,
Galas, diamantes, flores,
Dulces frases, suspiros,
Ardientes corazones,
Gargantas de alabastro,
¡Ojos deslumbradores!...
Todas estas delicias
Se ven en esa noche.

—

Noche negra es aquella
En que el cielo está oscuro,
Y está la tierra muda
Y triste cual sepulcro.
La lluvia fuerte cae,
Sus gritos dan los buhos,

Y el mísero mendigo
Sin pan ni hogar seguro,
Cobíjase en un arco
O en apartado muro.
En esta noche, todo
Es sombra, hielo y luto

—

Noche azul es aquella
En que la desposada,
Luce el azahar, las joyas,
Y las flamantes galas.
Los astros esa noche,
Divina luz derraman,
Y aromas penetrantes
En el espacio vagan;
Amor todo respira,
«Amor» dicen las auras,
Y hasta los ruiseñores
Epitalamios cantan.

—

Noche negra es aquella
En que la tierna madre
Contempla á su hijo enfermo
De mal penoso y grave.
La faz del pobre niño
Tan sonrosada antes,

Cobrando va las tintas
Doradas del cadáver.
La madre lanza un grito
Y desmayada cae,
Al ver que su hijo escala
El mundo de los ángeles.

UNA CORTESANA.

Á CAMPOAMOR, REY DE LA DOLORA.

¡Oh! n'insultez jamais une femme qui tombe.
VICTOR HUGO.

Es Elisa una hermosa cortesana
De formas seductoras,
De megillas de grana
Y de ardientes pupilas brilladoras.

—

Su rubia y luminosa cabellera,
Cual cascada de oro,
Cae por su espalda blanca y hechicera;
Y es su cuerpo de gracias un tesoro.

—

Príncipes y señores
Le entregan sus riquezas.
Por sus besos de fuego embriagadores;
Todos, amantes son de sus bellezas.
Todos, ménos Ernesto, su querido,
Que la maltrata y hiere;
Y ella, todos los hombres dá al olvido,
Y sólo á Ernesto quiere.

CANTAR.

Magnífica es la riqueza;
La libertad admirable;
La salud, mucho mejor;
Y mejor que ésta, mi madre.

¡VIVA EL CHAMPAGNE!

Á MARIANO MONTILLA.

¡A beber, mi capitan!
A beber, con profusion,
Y conviértase el salon
En Océano de *Champagne*.
Que es el *Champagne* un tesoro
Cuando en la copa chispea,
Pues en él brilla la idea
Y arden átomos de oro.
Este vino, es, á mi ver,
Alma de la bacanal
Y néctar tan celestial
Que dá al corazon placer.
Vélo en las copas fulgentes
Hervir con los resplandores
Del sol, al besar las flores
En los dias trasparentes.
París, el nido dorado
Del amor y los placeres,

Y de las bellas mujeres
El Paraiso soñado;
  El París de los diamantes,
De las perlas y las galas,
De las orientales salas,
Del *moiré* y de los brillantes;
  El París del gusto fino,
Del *confort* y del buen tono,
El gran París, yo te abono
Que sólo bebe este vino.
  Y es que Francia es el poema
Del amor y de la orgía,
Y del lujo y la alegría
El *Champagne* es el emblema.
  El *Champagne* es la bebida
Antídoto del dolor,
Fuente de encendido amor
Y manantial de la vida.
  Su perfume me embelesa,
Y su sabor me enamora;
Pues algo en él atesora
De la música francesa.
  Sus mil chispas deliciosas,
Parecen, por sus cambiantes,
Las pupilas centellantes
De las mujeres hermosas.
  Yo amo el *Champagne*, como adoro

Las perlas, los ricos trajes,
Las joyas y los encajes,
La seda, el márfil y el oro.
Dí, primo, ¿hay nada más bello
Que una morena divina,
De piel tersa alabastrina
Y de brillante cabello;
Vestida de seda y raso
Y al aire el seno turgente,
Llevando á su boca ardiente
Vaso de *Champagne* tras vaso?...
Este es el sueño que anhelo
Siempre realizado ver:
¡El *Champagne* y la mujer!
El paraiso y el cielo.
Es vino de altos señores,
De príncipes y rameras,
De génios y calaveras,
De artistas y emperadores.
¡A beber, pues capitan,
A beber con profusion,
Y conviértase el salon
En Océano de *Champagne*!

EN UN ALBUM.

—Los dioses se van, ha dicho
Un eminente filósofo:
—El cielo es un cementerio
Azulado,—grita otro:
—El Cristo ya se desploma,—
Escribe un génio coloso;
Y la multitud exclama:
—Los templos están ruinosos.

—

Yo sé que las religiones
Ruedan tristes en el polvo,
Y sé que ante la razon
Todos se postran de hinojos;
No obstante, querida mia,
Yo sigo siendo católico,
Y es porque la Vírgen tiene
¡Oh, hermosa! tu mismo rostro.

UNA MUJER.

(Pensamiento de Sué.)

El moribundo hablaba de esta suerte
A su amada hechicera:
«Ya cierne sobre mí las negras alas
El ave de la muerte;
Corta mi cabellera
Que es bastante á la tuya parecida,
Y guárdala, querida.»
La jóven pensó así: »De su cabello
Trenzas daré á mis tiernos amadores,
Y así, conservo el mio que es muy bello.»
Luégo dijo: «La pena me devora,
Mi bien, mi dulce amado.
Te juro que tu hermosa cabellera
En el mundo será tu compañera,
Y en el sepulcro helado.»

A F...

Cuando miro de noche en el cielo
Dos brillantes estrellas unidas,
Me figuro que son nuestras almas
Refulgentes de amor y alegría.
Pero al ver separarse á una de ellas
Señalando una estela divina,
¡Ay! me muero, al pensar que es tu alma
Que se aleja, veloz, de la mia.

EL PAÑUELO.

(Oriental.)

La sultana Amina llora,
Llena de horror y tristeza,
Porque en una pica mora
Ve clavada la cabeza
Del hombre á quien ella adora.
Sus sedas, gasas y tul,
Rasga iracunda y furiosa;
Tira su turbante azul
Y su diadema preciosa
Que vale más que Stambul.
Pisa joyas y diamentes,
Destroza su rico velo,
Y las de color de cielo
Telas, que adornan brillantes,
Su lecho de terciopelo.
Llega Mahomet ultrajado;
A la llorosa sultana
Mira con rostro irritado,

Y echa en su falda de grana
Un pañuelo ensangrentado.
«¡Es su sangre!» dice Amina;
Y con una damasquina
Daga, su garganta hiere;
La hermosa cabeza inclina,
Nombra á su amador... y muere.

MORENDO.

Hermosa, ya tus pupilas
Que soles radiantes fueron,
Perdiendo van sus fulgores,
Su viveza van perdiendo;
Tu provocativa boca,
Trono del amor y el beso,
Palidece, y huyen de ella
La gracia, el clavel y el fuego;
Ya en la cascada de oro
De tus brillantes cabellos,
Algunos rayos de luna
Aparecen indiscretos,
Y en tu nacarada frente
De nítido terciopelo,
Un hada, un surco ha trazado
Con su alabastrino dedo;
Las flores de tu semblante
Se han marchitado y deshecho,
Y las flores de tu alma,
Hermosa, tambien han muerto.

MARIA STUART.

Á RAFAEL MOYANO.

Pálida la color, en la alba frente,
Un surco que revela el desconsuelo,
La azul pupila dirigida al cielo,
El paso firme, el ademan prudente,
Baña su hermosa faz el llanto ardiente.
Marcado en su semblante está el desvelo,
Y un vestido de negro terciopelo
Aprisiona sus formas ricamente.
Así María Stuart camina lenta,
el pudoroso pecho destrozado,
A la picota lúgubre y sangrienta;
Y al rodar su cabeza en el tablado,
Rodó en el suelo para eterna afrenta,
El nombre de su prima deshonrado.

LAS ESTACIONES.

Si al llegar la lozana primavera
Contemplo en la pradera,
Rosas divinas y claveles rojos,
Recuerdo tus mejillas y sonrojos.

—

Si el verano al llegar luce el tesoro
De las espigas de oro,
Y las noches brillantes y azuladas,
Recuerdo tu cabello y tus miradas.

—

Si al llegar el otoño, oigo la brisa,
Que vagando indecisa
Entre las hojas pálidas, murmura,
Tu voz recuerdo melodiosa y pura.

—

Y si el invierno viste el blanco velo
De nieves y de hielo,
Y de las nieblas el capúz sombrío,
Tu corazon recuerdo negro y frio.

A UNA MUJER.

Despues de destrozarme
El pecho, ingrata mia,
Tus encendidos labios
Me mandan mil sonrisas.
Sonrisas que simulan
Un mundo de pasiones...
¡Ay! Cerca de las tumbas
Brotaron siempre flores.

¡ORGIA!

—El mundo es una farsa,
Las penas olvidad;
Mi vida es una eterna
Y ardiente bacanal.
Las bellas son mis dioses;
El juego, mi ideal;
Mi júbilo, la orgía;
Mis glorias el *champagne*.
El mundo es una farsa,
Gocemos sin cesar;
Que solo los placeres
Y vicios son verdad.
—¡Bravo!
—¡Bien!
—¡Otro canto!
—¡Soberbio!
—¡Gran poeta!
—El placer, es mi vida.
—Mi Dios es la botella.
—Por Messalina brindo.
—Yo, por la bella Elena,
—Y yo por Heliogábalo.

—Yo por esta morena.
—Dame un beso, graciosa.
—Toma mil, calavera.
—¡Viva el amor!
—Bebamos.
Las copas están llenas.
—El vino es mi delicia.
—Tus formas me embelesan.
—Grandioso está el banquete.
—¡Brillante está la fiesta!
Los hombres beben mucho,
Las jóvenes se alegran,
Se aturden los cerebros
Y las almas se incendian.
Botellas, copas, platos,
Ya por el suelo ruedan,
Y alguna dama rompe
Sus rasos y sus sedas.
. . . .
Las tres de la mañana
En los relojes suenan.
Los jóvenes dormitan
Sobre la alfombra espléndida,
Y rotos los vestidos,
Y en desórden las trenzas,
Descansan junto á ellos
Las diosas de la fiesta.

IMPROVISACION.

Hé aquí los génios gigantes
Más dignos de aplauso y gloria,
Que hallo en las hojas brillantes
Del gran libro de la historia:
Moisés, el sábio profundo,
Que un Dios á los hombres dió,
Y Colon, que descubrió
El llamado Nuevo Mundo.

EL REY HARALDO HARFAGAR.

(Traduccion de Heine.)

Á JOSÉ P. DE SILES, NOTABLE LITERATO.

El rey Haraldo Harfagar
Con una deslumbradora
Y hermosa sirena, mora
En lo profundo del mar.
Pasa el tiempo; y retenido
El rey con pasion suspira,
Pues la sirena le inspira
Amor que es correspondido.
El rey su cabeza posa
En el seno de la ondina,
Y mira su faz divina
Con languidez amorosa.
Su áurea y brillante melena
Ya está casi plateada;
Su mejilla, descarnada
Su cara, de arrugas llena.
A veces cuando el rumor
De las olas desconcierta
El rey Haraldo despierta,
De sus ensueños de amor.

A veces, si el ráudo viento
La ola azul pasa azotando,
El rey escucha su acento,
Grito de guerra normando.
«¡A las armas! ¡Al combate!»
Exclama entonces airado;
Y alza el brazo estenuado,
Mas pronto el brazo se abate.
Y parécele escuchar,
A veces, gratas canciones,
En que aplauden las acciones
Del rey Haraldo Harfagar.
Entonces el rey suspira,
Y llora con gran dolor;
Tierna la ondina lo mira
Y le dá un beso de amor.

Julio, 1877.

IDILIO.

Es noche de primavera;
Las estrellas luz irradian,
Y la luna da á las flores
Pálidos besos de plata.
El jardin está magnífico;
Sonoras saltan las aguas,
Y entre los copudos árboles
Trovas murmuran las áuras.
Recostados en el césped,
Gran alfombra de esmeralda,
Se encuentran los dos amantes
Prendidas de amor las almas.
Las mejillas de la jóven
Están teñidas de grana,
Y sus lábios, encendidos;
Y sus pupilas, muy lánguidas.
Él la mira ardientemente
Y con ternura la abraza,
Luego... las notas vibrantes
Se oyen de besos que estallan...
. . . .

La luna sirve de antorcha,
Da el azahar su fragancia,
Y un ruiseñor oportuno
Un epitalamio canta.

A.....

—

Hoy las campanas al viento
Dan su fúnebre clamor.
¡Ay!... Sin duda, ingrata mia,
Doblan por tu corazon.

EN EL CIRCO.

(Ínfimo poema.)

A ANDRÉS CARVAJAL.

I.

Enriqueta era el nombre de la hermosa
Que en el ecuestre circo enamoraba
Cuando de un tordo á un alazan saltaba,
Como de flor á flor la mariposa.
Tan bella era Enriqueta,
Que al público gustaba
Quizá más la mujer que la gineta.
Y de ella enamorados
Mil viejos y otros tantos mozalvetes,
Sedientos de sus besos adorados,
Le mandaban diamantes y brocados,
Perlas y brazaletes.
Mas ella presurosa
Los brillantes regalos devolvia,
Pues era como linda, virtuosa.

Un *clown* de aquella ecuestre compañía
Por la sílfide blanca y hechicera,
Sintió en su pecho la pasion primera,
Pero en hondo silencio la tenía.

. . . . , ...

II.

Lleno el circo de gente
Estaba cierta noche, y mi heroina
Vestida de brillante sedalina
Y gasa transparente,
Ostentaba, saltando diestramente,
Su figura divina.
Del público el aplauso
Rayaba ya en locura
Al ver á tan preciosa criatura
Volar sobre los ágiles corceles,
Ligera, cual la brisa,
Mientras vagaba celestial sonrisa
En sus lábios de aromas y claveles.
En tanto colocado,
En trapecio elevado
Nuestro *clown* la miraba con ternura,
Y muy feliz en el trapecio hacía,
Suertes, con las que el público reia.
Un caballo fogoso

Negro como el abismo,
Dió en tierra con la jóven vaporosa,
Y clavó el casco fuerte
En su pecho de nácar y de rosa,
Que dió un gemido de dolor y muerte.
Al punto como rápida saeta
Del trapecio á la arena el *clown* tiróse,
Y al pié cayó de la gentil gineta.
Y herido por el golpe y destrozado
A poco espiró el *clown* enamorado,
Murmurando: «¡Enriqueta!»

Julio, 1877.

UN SAINETE.

(Pensamiento de Balzac.)

Á JOSÉ DE NAVARRETE, ELOCUENTE ORADOR.

I.

En ese pobre féretro,
Ved su yacente cuerpo alabastrino.
De sus doradas trenzas
Los brilladores hilos,
Circundan como gran diadema de oro,
Su frente de jazmines y de lirios.
En sus ojos inmensos
Reposan sus pupilas de zafiro,
Eternas, insondables,
Como la creacion en el vacío.
Sus mejillas se encuentran matizadas
Por un color tan límpido,
Tan espiritual, que más parece
La idea de un color, que el color mismo.
La palidez del nardo

Tiñe sus formas de *moiré* riquísimo,
Y en sus lábios parece que dormitan
El beso apasionado y el suspiro.
Sus manos transparentes
Tiene cruzadas sobre el pecho frio,
Cual dos rosas de nácar
Que enlazan sus corolas con cariño.
Por el balcon abierto
Penetra el sol; sus rayos indecisos
Bañan en luz espléndida el cadáver
Y sirven de blandones y de cirios.

II.

Un jóven está al lado
Del ataud sombrío,
Y llora amargamente; de su pecho
Se escapan ayes y tonantes gritos.
La centella del génio ardiente brilla
En sus ojos altivos,
Y tienen sus facciones melancólicas,
La hermosura ideal de un dios caido.
Unas veces escribe; otras contempla
El cadáver, y en lúgubre delirio
Le imprime besos mil; derrama lágrimas
Y lanza unos gemidos
Que nacen sólo de las almas rotas.

Agita su cabeza; con ahinco
Vuelve á escribir, y entonces su pupila
Parece un astro de sangriento disco.

III.

¡Es él! Es el amante de la jóven
Cuyo cuerpo mirais, bello, aunque rígido;
¡Es él! Es el poeta, cuyos versos
Deslumbran por su mágia y por su brillo.
Mirad cómo golpea
Su hermosa frente con sus dedos crispos,
Y escribe tembloroso; ¡una blasfemia
Se escapa de sus lábios contraidos!

. . . .

En tan terribles horas,
¿Qué escribirá el amante entristecido?
¿Por qué con risa histérica interrumpe
Su amargo lloro y su dolor vivísimo?...
Un sainete de encargo
Está escribiendo con afan prolijo,
Para pagar los gastos del entierro
De la mujer que con locura quiso.

P.—1876.

LA VIDA.

AL BRILLANTE ESCRITOR ASMODEO.

VEINTE AÑOS.

Sueños de amor, de gloria y de placeres,
Alegres y sonoras carcajadas,
Ojos de fuego, seductoras formas,
Gargantas de marfil, lábios de grana,
Almas azules, emociones bellas,
Cielos mil de ilusiones y esperanzas,
Amorosos suspiros, madrigales,
Flores, bellezas, bailes, serenatas,
Valor, nobleza, fé, galantería,
Grandiosa inspiracion, celestes arpas...
¡Edad preciosa, eterna primavera,
Rica en placeres y en sublimes almas!

TREINTA AÑOS.

Violenta sed de lujo y de riquezas,
Dudas, excepticismo, risa amarga,

Ilusiones marchitas, desencantos,
Ojos opacos y facciones pálidas;
Almas de hierro, mundos de ambiciones,
Tíbia alegría, flores deshojadas,
Punzantes desengaños y pesares,
Llantos por la hermosura que se escapa;
Diamantes, perlas, rasos, terciopelos,
Lánguida inspiracion, arpas cansadas....
¡Terrible edad, expléndida en pasiones
Y en negras dudas, torcedor del alma!

SESENTA AÑOS.

Sueños de paz, de vida y opulencia,
Tristezas y recuerdos, dulces pláticas,
Ojos hundidos, nítidos cabellos,
Las formas y facciones descarnadas,
Tesoros de bondad, cantos de cisne,
Almas por el dolor despedazadas,
Reminiscencias, lúgubres suspiros,
Cuentos y besos mil para la infancia,
Divino amor, infames amoríos,
Rota la inspiracion, mudas las arpas....
¡Esta es la edad, tan rica en elegías,
La edad de los dolores y las lágrimas!

UN ANGEL CAIDO.

A JOAQUIN VAZQUEZ.

Ayer, tu nevada frente,
Era pura como hermosa,
Tu mejilla pudorosa,
Y tu mirada inocente.
En tu labio sonriente,
Todo era paz y consuelo;
Y el claro y sencillo velo
Que tu faz tuvo cubierta,
Era la preciosa puerta
De un paraíso ó de un cielo.

—

Hoy tu frente está manchada
Por el vicio y la impureza;
Hoy exhibes tu belleza,
Y es lasciva tu mirada.
Aquella tinta rosada
Que tu semblante tenía,
Perdió ya su lozanía

Y con ella huyó el pudor,
Y hoy eres marchita flor
Sin aroma ni poesía.

—

Ayer eras un tesoro
De virtudes y hermosura,
Eras la imágen más pura
De la moral y el decoro;
Eras el vaso de oro
Lleno de grato licor,
Astro de gran resplandor,
Concha de mar cristalina;
Eras la vírgen divina
Soñada por el amor.

—

Hoy eres turbio fanal,
Horizonte sin colores,
Bella pradera sin flores,
Y arroyuelo sin cristal;
Eres el grande raudal
Que destroza el valle ameno,
Brillante perla en el cieno,
Ave divina sin alas
Cuerpo adornado de galas,
Y de podredumbre lleno.

—

Ayer eras la mañana

Con toda su transparencia;
Eres celestial esencia
Y nube de oro y de grana;
De preciosa filigrana,
Joya lujosa y completa;
Bella y humilde violeta,
Gruta de perlas divinas,
Cisne de alas diamantinas
Y el ideal del poeta!

—

Hoy eres marchita rosa,
Suave brisa sin olor,
Bosque sin un ruiseñor,
Cielo en noche tenebrosa.
Eres la sirena hermosa
Sin el seductor lamento,
La canciòn sin el acento,
El destemplado laud,
Y por fin, el ataud
Donde yace el sentimiento!

Puente Genil.—1877.

LA ANDALUZA.

Brillante piel de rico terciopelo,
Fina y deslumbradora cabellera,
Provocativa risa, faz de cielo,
Planta breve y ligera.

—

Boca nido de perlas y ambrosía,
Formas esculturales, lábios rojos,
La hermosa luz del sol del mediodía
En los rasgados ojos.

—

Mundo de amor, tesoro de ternura,
Cielo de gracias risas y colores,
Alma pronta al placer y á la ventura,
Y pasion por las flores.

EL CASTILLO DE DUNSTAN.

(Crónica escocesa,)

AL DISTINGUIDO ESCRITOR ANTONIO AGUILAR Y CÁNO.

I.

¿Veis al pié de esa colina
El castillo, en cuya almena,
El aire, lúgubre suena,
Y el mochuelo se avecina?
Roto ya y despedazado
Y cubierto por la hiedra,
Parece un titan de piedra
Muy viejo y abandonado.
El rumor de los aceros
Y de las trompas el grito,
En sus muros de granito
Perdiéronse bien ligeros.
Falto de toda armonia,
Hoy todo es tristeza y frio
En el castillo sombrío
Cuya historia es más sombría.

II.

Hacía tiempo que el señor
De Dunstan, hombre severo,
De corazon altanero
Y de no empañado honor,
Solo en el castillo estaba
Porque su esposa Rosmunda
Cuya madre moribunda
Cerca de sí la llamaba,
Salido habia del castillo
Con las numerosas gentes
Y pompa, correspondientes
A su clase y á su brillo.
Un hijo, el baron tenia
Que Roberto se llamaba;
Si Rosmunda lo adoraba
Su padre más lo queria.
Lleno el hijo de ambicion
De gloria, virtud divina,
Se encontraba en Palestina
Con Corazon de Leon.

III.

Es de noche. El de Dunstan
Con el semblante severo

Y la pupila sombría,
Recorre en su pensamiento
Dichosas horas de amor,
Tiempos felices que fueron.
Como su esposa está ausente
Y ausente está su Roberto,
Solo el anciano baron
Vive para sus recuerdos.
Tristemente cae la lluvia,
En la nube gime el trueno,
Y azota, las vidrieras
De las ojívas, el viento.
De pronto se oye en la torre
El silbido tan siniestro
Del enano, y de los buhos
El canto lúgubre y seco.
El baron, con impaciencia
Exclama «¿Page, qué es eso?»
—Es un mensaje, señor,
De vuestro fiel Rui Wiverto.
—Id veloz.
Al poco rato
Vuelve el page con un pliego.

IV.

Con fingida indiferencia
Leyó el baron el funesto

Mensage, que le rompia
En mil pedazos el pecho;
   Y con aire melancólico
Fija la vista en el suelo,
Y la faz pálida y triste,
Dijo con rabia: «Esperemos,»
   Bien pronto de las cadenas
Oyóse el sonido férreo,
Y del puente levadizo
El aterrador estruendo.
   Y Rosmunda acompañada
De vasallos y escuderos,
Penetró en el interior
De aquel pórtico soberbio.
   Recibióla el de Dunstan
Con un saludo severo,
Porque el mensage, un abismo
Entre los dos habia abierto.
   Y al quedarse el baron solo
Con su mejor escudero,
Clamó: Wiverto ¿es verdad
Lo que aquí dice?
                                    —Sí, es cierto.
   Hace con hoy cinco dias
Que un galante caballero,
A quien el rostro no he visto,
Pues lo oculta con empeño

Con la visera del casco,
Y que su jubon expléndido
Y sus plumas y sus armas
Y su caballo son negros,
Se ha unido como infanzon
Al bravo y brillante séquito
De mi señora, y os juro
Que es de su amor el objeto.
A veinte millas de aquí
En el castillo de Hierro
Hemos dormido esta noche,
Y el caballero cubierto
En la estancia de Rosmunda
La ha pasado por completo.
—¡Infame!... ¿Dónde se esconde?
Dilo.
—Aquí.
—¡Voto al infierno!
¡En mi castillo!! Con vida,
De él no saldrá, lo prometo.

V.

En un lujoso salon
Decorado de artes bellas,
Rosmunda con sus doncellas
Se encuentra en conversacion.
Y en tanto la camarera

Le quita el precioso traje
De sedas, oro y encaje,
Y suelta su cabellera,
Con lenguaje asaz prolijo
Rosmunda hermosa y contenta,
A sus servidoras cuenta
La llegada de su hijo.
   Y de fijarse no cesa
En el momento dichoso
Que vá á prestar á su esposo
Con tan plácida sorpresa.
   Mas en el rico salon,
Lívido y estenuado
Y todo en sangre manchado,
Entra de pronto el baron.
   Vibra en su diestra un puñal
Punzante y enrojecido,
Y en su labio contraido
Vaga sonrisa infernal.
   Y dice á su esposa airado:
—«¡Mira por ese balcon!»
Ella mira; al infanzon
Ve en el suelo ensangrentado,
   Y prorumpe: «¡Muerto! ¡Muerto!»
Y más que nunca afligida
Clama al baron: «Parricida,
Mataste á nuestro Roberto.»

Cuando Rosmunda esto dijo,
Temblando el baron salió;
El casco al muerto arrancó
Y vió la faz de su hijo.
Y horrorizado dió al viento
Mil maldiciones impías;
Y murió á los pocos dias
De pena y remordimiento.
Y cuentan las tradiciones
Del castillo de Dunstan,
Que en su torre el huracan
Ruge con siniestros sones.
Y que se escucha un incierto
Silbido en su fuerte almena,
Y una voz que triste suena
Y dice: «¡Pobre Roberto!»

Puente Genil, 1877.

SERENATA.

Jóven preciosa—bien del poeta,
Por ver tu hermosa—pupila inquieta
Diera, querida,—todo mi anhelo,
La fé, la vida,—la gloria, el cielo!
Sal, mi tesoro
De bellezas y gracias,
Sal, que te adoro!

—

Tu brilladora—trenza divina,
Tu seductora—faz nacarina,
Tu piel de raso,—tu linda boca,
Purpúreo vaso,—que sed provoca,
Tu grato aliento—dulce y suave,
Tu bello acento—trino del ave,
De esos tus ojos—la azul centella,
Y los sonrojos—de tu faz bella
Son el tesoro
De bellezas y gracias
Que tanto adoro.

—

La rosa y nieve—de tu semblante,
Tu mano breve,—tu pié elegante,
Tu afan gracioso,—tu risa pura,
El corte airoso—de tu cintura,
Tu transparente—nevado seno,
Tu cuerpo ardiente—de encantos lleno
Y tus colores,—y tu alegria,
Y tus amores,—y poesía,
Son el tesoro
De bellezas y gracia
Que tanto adoro.

—

Jóven preciosa,—bien del poeta,
Por ver tu hermosa—pupila inquieta,
Diera, querida,—todo mi anhelo,
La fé, la vida,—la glorla, el cielo!
Sal, mi tesoro
de bellezas y gracias,
Sal que te adoro.

Agosto, 1877.

LA GUITARRA.

(Alegreto final.)

En Andalucía,
Pueblo de la gracia,
Nido de mujeres
De ardientes miradas
Tesoro de flores,
Cuna de jitanas,
Tierra de la Vírgen
(Como algunos llaman)
Hay un instrumento
que es joya preciada,
Pues sus melodías
Seducen y encantan.
Ora son sus notas
Alegres y plácidas,
Y provocan risas
Y placeres causan.
Ora son tan tristes,
Tan tiernas y lánguidas,

Que arrancan gemidos
Y producen lágrimas.

. . . .

¡Oh bello instrumento!
¡Oh dulce guitarra!
Tú, nuestros dolores
Comprendes y calmas.
Tú, de los amantes
Eres tierna hermana,
Y de Andalucía
Corazon y alma.

LA MANO DE SANGRE.

(Tradicion sevillana.)

Reinaba Pedro primero
De Castilla, el Justiciero,
Y en Sevilla, á la sazon,
Habitaba un infanzon
Noble y valiente guerrero.

—

Don Juan de Solís y Azcona
Dice la crónica que era
Su nombre, y la misma abona,
Que al Rey rindió su tizona
Y á su esposa el alma entera.

—

Llamábase ella Leonor,
Y en su pecho seductor
Habia escrito *el niño ciego*
La bella palabra «amor,»
Con caractéres de fuego.

—

Rasgados eran los ojos
De Leonor, tersa la frente,
La tez de nácar luciente,
Los lábios finos y rojos,
La pupila incandescente.

—

Su brillante cabellera
Por el cuello alabastrino
Deslizábase ligera;
Y era su mano, hechicera;
Y su pié, breve y divino.

—

Don Juan de Solís la vió,
Y aunque en pobre y baja cuna
La hermosa diz que nació,
De ella tanto se prendó,
Que dióle nombre y fortuna.

—

Con paso bien presuroso
Corrió alegre y delicioso
El primer mes de casados;
Ella bella, él venturoso,
Y los dos enamorados.

—

Mas Don Pedro, aquel Rey fiero
De encendido corazon
Y ardiente fibra de acero,

Mantenia en Aragon
Guerra con el extranjero.

—

Y como siempre ensalzó
Al hombre de alma *nervuda*
Y al cobarde despreció,
A Don Juan Solís llamó
Para que fuese en su ayuda.

—

Ardiendo en sed de venganza
Este, embrazó el férreo escudo,
Empuñó la fuerte lanza,
Y con ímpetu sañudo
Voló presto á la matanza.

II.

Se hizo en la guerra Don Juan
Inmortal por sus proezas.
Ginete en corcel brioso
Al aire la cabellera,
Ceñida á su altivo talle
La brillante cota férrea,
Y la formidable lanza
Empuñando con la diestra,
Más que infanzon parecia
El génio audaz de la guerra.

Y era de ver cuál luchaba;
Y era de ver su destreza
Desplomando al enemigo
Con sus lanzadas certeras.
No hubo paladin alguno
Que igualársele pudiera,
Que era Don Juan el primero
En valor y gentileza.
Y en los más rudos combates
Y en las más grandes reyertas
Antes olvidó su vida
Que á su esposa amante y bella.
Por eso pidió al monarca,
Como justa recompensa
De sus brillantes servicios,
Que á Sevilla lo volviera,
Y el Rey, siempre justiciero,
Acogió bien la propuesta.

III.

El sol, con sus piés de oro
Hácia el ocaso camina,
Y el crepúsculo aparece
Con sus espléndidas tintas,
De púrpura, de violeta,
De naranja y amatista.

En las ondas de la noche
Ya va á sumergirse el dia;
Murmuran las arboledas
Al impulso de la brisa;
El ave veloz se esconde
En la espesura sombría,
Y el campo á la vez que el cielo
Al alma tristeza inspiran.

. . . .

¡Mirad! ¡Mirad! Aquel jóven
Caballero en jaca pía,
Que viste espléndido traje
Y que por gente aguerrida
Seguido viene, es Don Juan,
Que ya regresa á Sevilla,
Despues que ciñó el laurel
Su frente hermosa y altiva.
El placer y el entusiasmo
En su semblante se pintan,
Y rayos de amor despiden
Sus brilladoras pupilas.
La bellísima Leonor
En su mente se halla fija,
Por eso, entona Don Juan
Con voz dulce y bien sentida,
Canciones de amor y gloria
Que aplaude la comitiva.

IV.

Es ya más de media noche;
El aquilon ronco silba,
Cae la lluvia con son triste
Y las veletas rechinan.
Diez ginetes á las puertas
De Sevilla se aproximan
Y sus fogosos caballos
Que galopando venian
Bañados en nívea espuma
Y la pupila encendida,
Detienen ya su carrera
Pues les cansa la fatiga.
Don Juan de Solís y Azcona,
Despide á la comitiva
Y en alas de la esperanza
A su mansion se encamina,
Pensando en la gran sorpresa
Que va á dar á su querida
Esposa, que no le aguarda
Ni áun pasados muchos dias.
Llega, por fin, á su calle;
Y ve á la luz indecisa
De un farolillo que alumbra
Una imágen de María,

En la puerta de su casa
Un hombre, y oye en seguida
El rechinar de la puerta;
Despues una voz dulcísima
Que á la de un sér muy querido
Se asemeja, y muy aprisa
Bájase del fiero bruto,
Ata á una reja la brida,
Y con cautela y misterio
A su casa se aproxima,
Procurando no ser visto;
Y oye otra vez la argentina
Voz que dice: «Entra, mi amante.»
Y Don Juan con rábia alista
Su espada, al reconocer
A su esposa tan querida.
En valde fué, que ya el hombre
En la casa entrado habia,
Y se cerraron las puertas,
Y Don Juan quedó sin vida.

V.

Despues de un rato se abrió
La puerta; el desconocido
Sin el más leve ruido
De aquella casa salió,
Y el de Solís que impaciente

Le aguardaba recatado,
Por los celos impulsado
Se acercó rápidamente
Y con la acerada tizona en la mano
Le dice altanero: «¡Cobarde, traidor!
Defiende tu sangre, que aunque es de villano
Con ella mi espada teñir quiero yo.»
Sangriento combate se libra en la oscura
Calle donde vive el bravo Don Juan.
Infunde á los pechos horror y pavura
El rumor de espadas que se oye sonar.
Solís acomete con tanta fiereza,
Con tanto denuedo, con tanto furor,
Que abate al contrario su grande entereza
Y éste su tizona al suelo arrojó.
«Cobarde, cobarde, recoge el acero
Defiéndete al punto y vuelve á luchar»
Con rudo coraje y acento altanero
Así al enemigo le grita Don Juan.
El desconocido se acerca al instante
A aquel farolillo de lánguida luz
Que alumbra á María, y enseña el semblante
A Solís, que siente al verlo inquietud.
Éste una blasfemia lanzó, y dijo luego:
«Idos, Trastamara, y que os guarde Dios,
Hoy escapais libre de mi encono ciego,
Porque sois hermano del Rey mi señor.»

Asi que el infante
Oyó al caballero,
Ciñendo el acero
De aquel sitio huyó.
Don Juan entre dientes
«Venganza,» murmura,
Y la calle oscura
Rápido cruzó.
Y muchas calles y plazas
Con veloz paso atraviesa,
Su corazon está herido,
Y su pupila sangrienta.
Despues de andar largo rato
Paróse en una calleja,
Y dió fuerte con el puño
De su espada en una puerta,
Que abriéndose al poco tiempo
Salió un hombre al dintel de ella.
—«¿Qué quereis?» dijo á Don Juan.
—«Quiero por grado ó por fuerza»
Solís contestó: «que al punto
Y sin réplica, te vengas
Conmigo »
—«¡Decidme á dónde!»
—«Eres sangrador?»
—«Sí, es esa
Mi profesion.»
—«Pues, marchemos.»

Así dijo, y con su férrea
Mano, Don Juan en los ojos
Le puso tupida venda
Y un puñal cerca del pecho
Para que le obedeciera.

VI.

En un salon opulento
Cuyos tapices, pinturas,
Mármoles y colgaduras
De arte son rico portento,
Con la trenza desprendida
Y la color nacarada,
En un lecho recostada
Se halla una mujer dormida.
Su pecho de nieve y rosa
Se levanta y se deprime,
Y ora suspira, ora gime,
Y muy rara vez reposa.
Un hombre que cube el lecho
Está triste y demudado;
De la mujer ha sangrado
El bello brazo derecho.
Con mirada no serena
Y descompuesto el semblante,
Un jóven de buen talante
Ha contemplado esta escena.

Y despues que ha terminado
Su triste mision aquél,
Con ligereza el doncel
Bien los ojos le ha vendado.
Luego los dos han salido
Del salon con precaucion,
Y toda la poblacion
Unidos han recorrido.
Y por último, le ha dado
Un bolsillo el caballero
Al ministrante, y ligero,
A su casa se ha marchado.
Guarda el oro en su escarcela
El sangrador, y al hallarse
Solo, despues de quitarse
La venda, á su casa vuela.

VII.

A la siguiente mañana
De llegar el infanzon
A aquella gran poblacion,
Dió la mortuoria campana
Al viento su triste son.
En Sevilla se decia
Que fué tanta la alegría
Que doña Leonor sintió

Cuando á su marido vió
Que al punto espirado habia.

—

Por su parte, diligente,
El sangrador compungido,
Presentóse al asistente
A contarle lo ocurrido
En la noche antecedente.
Cuando acabó de contar
Aquel, la aventura artera,
Dijo: «Yo sé la manera
Con que podeis encontrar
En su cubil á la fiera.»
De aquella casa saqué
Mi mano en sangre bañada.
Y á la puerta la apliqué:
En esta hallareis, á fé,
Una mano ensangrentada.

—

El asistente en seguida
En juego puso su afan,
Siendo su mision cumplida,
Pues en casa de Don Juan
Vió la señal consabida.
Y á Don Pedro le escribió
La tenebrosa aventura,
Y el Rey á Don Juan llamó,

Y éste el crímen le contó
Con verdad y con cordura.
Entonces el soberano
Dijo: «Solís, tu entereza
Y honor no luciste en vano;
Brille esa sangrienta mano
En tu escudo de nobleza.»

FIN.

INDICE.

ERRATAS PRINCIPALES.

Dice.	Léase.	Páginas.
tropa	trompa	7
exclamó	exclamo	7
ardiente	hirviente	7
1871	1876	18
ayahar	azahar	35
tú	mí	47
Eres	eras	83
violela	violeta	83
cube	cabe	108